

# Presencias en Casanicolás

Luis Eduardo Villarreal Ríos

Para algunos será el último viaje. Han dejado atrás tierra, familia, patrimonio, memorias y tragos amargos. Los agita la narrativa de salvación fuera; bien en México, mejor si es Estados Unidos. Caminan, navegan, siempre con vientos en contra. Hablamos de la migración forzada, en América y el mundo entero.

En el origen del fenómeno están el azote del hambre, los genocidios, la violencia criminal, los derechos conculcados, la irracionalidad del consumismo, el declive de la ética, gobernanzas fallidas y autoridades afines a los dólares. También una historia de opresión, desde la secular Doctrina Monroe y la política del Gran Garrote, pasando por el poder económico no democrático, los regímenes militares, hasta la injusticia del presente.

Ante cuestiones tan atroces y variadas, en Casanicolás un día nos planteamos: ¿cómo construir una barricada moral e intelectual a manera de reacción contra la indiferencia y la xenofobia en los lugares de destino, las deformaciones de los mitos y el doble discurso oficial? El dolor que exponen las historias aquí contadas quiere sensibilizar, taladrar el corazón, involucrar, espolear el conformismo, la indiferencia.

Porque nos concierne el sufrir, el andar tortuoso, la sangre en el desierto de la migración. Queremos pues construir una vía de acceso para develar lo oculto, lo que está detrás de la nota que vende sensaciones y criminaliza la condición migrante.

La tarea de señalar omisiones, iluminar y esclarecer lo real, requiere poner en marcha el pensar radical, ese que va al corazón de la persona migrante y dejar que de ahí brote su dolor y su exigencia. He aquí pues el abordaje de una realidad que combina la brutalidad del éxodo, el paisaje sonoro de un camino por hacer, el horizonte de lo incierto, sobre todo, un espacio para que la voz del sujeto en tránsito se exprese: Fondo y formas entrelazadas, acompasadas, como el polvo y la sangre, la ceniza y la jungla de Darién por donde andan los pies de la migración forzada.

## 1. Saltillo, Orrville, Austin

Tres amigos presbíteros inspiraron y alentaron la construcción del albergue Casanicolás (Centro de Apostolado San Nicolás Tolentino), ubicado en Guadalupe, municipio conurbado con Monterrey, México. Cada uno a su manera, en diferentes

momentos entre 2002 y 2004, aportaron su ejemplo, su palabra y apoyo pecuniario para comenzar esta obra. Pedro Pantoja, Javier Saravia y John Koshmar.

La opción mayor de Padre Pedro, como le llamaban los huéspedes de Posada Belén en Saltillo, fue la defensa de las personas migrantes. Entendió la movilidad forzada de centroamericanos hacia Estados Unidos no como un problema urgente que había que responder con caridades, sino como un fenómeno social de raíces profundas, estructurales, frente al que apremia la justicia.

“Lo que viven los migrantes, ellas y ellos, sostenía, es una gran advertencia a los gobiernos neoliberales que poco o nada hacen contra la desigualdad: es la irrupción de los más pobres que muchos han querido negar”.

Primero en Acuña y luego en la capital de Coahuila construyó sendos albergues para proteger e integrar a personas en tránsito, solicitantes de refugio, víctimas del retorno forzado; hermanas y hermanos huyendo del desempleo y la violencia organizada, las secuelas de la guerra y los sucesivos gobiernos que se venden y que jamás funcionan cuando se trata del derecho de los pobres.

El 18 de diciembre de 2020, día internacional del migrante, se nos fue Pedro Pantoja, un grande de la opción por las periferias existenciales. Precursor de una Iglesia no entendida como fin en sí misma, sino como levadura social del Reino, con incidencia en términos de justicia y defensa de los derechos humanos de las personas en movilidad.

Conocía al padre Javier Saravia en un taller para Comunidades Eclesiales de Base llamado El Poblado de la Biblia, en Nueva Rosita, Coahuila. Después de una de las sesiones dramatizadas por las y los participantes, nos contó la historia de Remigio, un migrante guatemalteco cuya experiencia sirvió para conmover e inspirar solidaridad para con los sujetos víctimas.

De entrada, describió algunos detalles de vida y los avatares de este hermano en su travesía hasta Orrville, Ohio. “Padre Saravia, me dijo, yo sufrí mucho para llegar acá, pero donde más batallé fue en Monterrey, porque ahí nadie me ayudó”. No podía imaginar que, en el año 2000, nuestra ciudad no estuviera preparada para ver compasiva y solidariamente a un maya del Quiché que transitaba solo con su sueño de una mejor vida para él y su familia.

Quiso Saravia leernos un fragmento de la oración que Remigio y su grupo elevaron a Dios el día que dejaron su patria. “Sirva esta plegaria como impulso para la casa que vas a construir”, me dijo:

*Tierra nuestra, de nuestros antepasados, perdónanos que te vamos a abandonar, pero has que pronto regresemos porque en ti queremos morir. Padres, abuelos de nuestros antepasados, a ustedes que ya gozan la paz con el Creador, dennos sus bendiciones. Así como ustedes lucharon por nuestro bien, también nosotros queremos luchar por nuestros hijos*

*y generaciones que vendrán después de nosotros. A los primeros emigrantes de esta tierra, Abraham y la Sagrada Familia, Jesús, María y José, les pedimos su protección, para que este día, y esta peregrinación que vamos a comenzar sea de su santa voluntad. Todo esto te lo pedimos Padre, en el nombre de Jesús.*

Remigio fue brutalmente detenido por la policía estando en su departamento sin haber cometido delito alguno. Sufrió cárcel e interrogatorios hostiles. Fue gracias a Jeff Steward, coordinador del Proyecto de Trabajadores Migrantes en Ohio, y a Miriam Banon, quien coordinó una campaña de solidaridad para liberarlo, que Remigio pudo salir de la Stark County Jail de Canton el 2 de mayo de 2002, después de tres meses de encarcelamiento.

En marzo de 2004, el equipo encargado de una oficina promotora de los derechos humanos en Guadalupe, recibió la visita de dos presbíteros religiosos; iban, según dijeron, a saludar y a conocer el trabajo. Peter Logsdon y John Koshmar pertenecen a la Congregación de la Santa Cruz, con sede en Indiana, la cual se encarga de una parroquia cercana.

Después de escuchar lo que el grupo les platicaba del trabajo de la citada comisión, el padre Koshmar, me apartó para preguntar si tenía pensado construir un albergue para personas en la migración forzada. “En eso ando”, le respondí; sacó un sobre con dinero de su saco y me lo entregó diciendo: “...para que ya no lo pienses”. Él había viajado desde Austin, Texas, a Guadalupe solo para eso.

Los testimonios de Pantoja en Saltillo, comprometido sirviendo en su albergue cercano a las vías; Saravia, contando el drama de Remigio en Ohio; y Koshmar que, sin otra referencia más que la promesa de un proyecto solidario con el éxodo migratorio, me dejan claro que Casanicolás nació con providencia evangélica, y ahora sigue con más de dieciséis años acogiendo, protegiendo, promoviendo e integrando huéspedes en la migración forzada.

## 2. La tragedia y el sueño

Ruth huyó de Honduras por violencia doméstica. Su embarazo le impidió abordar la Bestia en un poblado de Veracruz, se quedó con solo cinco lempiras deambulando sin saber qué hacer. Como era esperable, cayó en manos de los Malitos, quienes se aprovecharon de ella, con todo lo que esto implica. La llevaron a una casa de seguridad a fin de extorsionar a su familia. Es el protocolo del cártel.

Pasó un mes ahí, presenciando todos los horrores imaginables de quienes disponían a su antojo de ella y las otras ocho mujeres recluidas. Ninguna de las familias cumplió con las exigencias criminales; salvo Ruth, las demás fueron acribilladas frente a ella. “Es por tu embarazo y los 800 dólares que nos envió tu familia que no te matamos”.

Cuando arribó a Casanicolás, Ruth contó entre balbuceos el trauma sufrido. Permaneció tres meses sin salir del cuarto de mujeres, entre llantos y desmayos, hasta que poco a poco se acercó a ayudar en la cocina. Pudo tener su niña en el Materno Infantil de Guadalupe y criarla hasta que la bebé ganó peso.

Un buen día, hubo una reunión regional en el albergue y conoció al padre Giovanni Bizzotto, de Nuevo Laredo. Le ofreció llevarla con su hija a la Casa Nazareth, un refugio muy cerca del Río Bravo. Ahí Ruth hizo contacto con dos abogadas que la asesoraron para su entrevista con el juez en la corte migratoria de Laredo, Texas.

Con la ayuda de una voluntaria de Iniciativa Kino, Ruth consiguió el contacto de una familia de Madison, Wisconsin, dispuesta a recibirla con su niña. Con este contacto y la narrativa para la que fue entrenada logró la visa de residencia por razones humanitarias en Estados Unidos. Actualmente vive trabajando en Texas, casada con un salvadoreño con quien ha procreado dos hijos más.

### 3. Avatares para cruzar el río

Habla Dorlan, papá de una familia guatemalteca que dejó Casanicolás el invierno pasado para subir y alcanzar el “Sueño Americano”...

“Todo el camino fue una batalla mental por lo que se escuchaba y sin querer se sabía. Nos dejaron casi a 10 minutos de la terminal de autobús, porque nos dijeron que había migración ahí y que tal vez nos podían agarrar.

El señor del camión nos dijo que fuéramos derecho como todos. Nos orientaron también y demoramos como 40 minutos a 1 hora en llegar hasta el albergue. El miedo que sentíamos cada paso y pensar que migración nos caería en cualquier momento. Mucha gente fue buena y un grupo de baikers nos regaló comida que preparaban en un parque.

Toda la fuerza estaba intacta porque yo llevo niños y tenía que ver su bienestar. Les decía que avancemos lo más rápido sin mirar atrás para no retrasar. Hubo gente que salió de Casanicolás con nosotros en la misma ruta, pero por el miedo y el apuro de llegar, se perdieron y se fueron a otro albergue como ellos dijeron.

Llegamos tipo 6pm al albergue. Mirar tanta gente que hicieron sus casas improvisadas ahí fue triste, porque la mayoría esperan cita. Nos dijeron unas reglas básicas y nos permitieron entrar. Nos dieron colchonetas y cobijas para intentar dormir bajo el frío que penetraba hasta los huesos a pesar de tener tanto sueño y cansancio, fue imposible dormir aun con el miedo del no saber qué va a pasar mañana.

Dieron las 3 am y llegó un guía que nos gritó ‘formen fila que voy a hacer un conteo para avisar a Migración cuántos van a pasar mañana’. Éramos 422 personas,

incluidos niños. Después de recoger y devolver todo lo prestado, agradecimos y 5:30 am nos pusieron en camino con una oración en grupo y personal.

Empezamos el camino lo más rápido. El mapa mostraba 40 minutos de camino, pero demoramos casi hora y media. Llegamos al punto de paso y el río se veía tan frío tan solo y había animales muchos carroñeros. Al ver a tanta gente empezar a cruzar dije a mi familia 'es hora', vamos. Cargué a mi hijo de 6 años en hombros el de 14 fue primero para que se agarre de alguien, yo fui segundo, tome a mi hijo de 11 en los brazos y le dije a mi esposa agárrate de mí y camina despacio atrás muy firme.

Fue duro ver a mi hijo de 11 qué lloraba de frío porque era tan intenso que los huesos quemaban. Hubo un punto casi a medio camino que mi hijo de 14, por tratar de ir muy rápido el agua lo levantó, pero nunca lo solté; pedí ayuda, pero la gente se adelantó y mi hijo puso fuerza, reaccionó y se paró.

Un señor regresó, lo agarro de la mano y me ayudó a pasar. Nunca solté a ninguno de mis hijos. Mientras mi esposa se quedó muy atrás, porque había una señora que se paralizó del miedo. Y le corto el camino. Solo regresé a ver y me dijo con la mano: 'sigan, sigan'. Cuando estuvimos al otro lado solo mire que mi esposa llegó con ayuda y dijimos: 'lo logramos estamos al otro lado'.

Casi lloramos de alegría, pero faltaba subir esa montaña de tierra suelta y pasar los alambres de púas. Todo eso pasó y llegamos hasta arriba y las 3 bolsas que llevamos las rompimos y nos cambiamos de ropa lo más rápido posible, sin pena ni vergüenza que nos vieran, solo queríamos calentar el cuerpo.

Mientras mi esposa cambiaba a mis hijos, miré que había mucha gente por pasar aún, y regresé para ayudar a subir. Nunca vi un reportaje de migración y nunca supe del famoso Río Bravo. Mi esposa me lo había contado, pero ahí me di cuenta lo que era. Caminamos como 20 minutos para rodear las mallas de control y llegar hasta los 'gringos' que fueron amables.

El guía nunca apareció ni se asomó. Nos dijo que vigilaría desde lejos pues no puede acompañarnos a pedir asilo. Nuestro camino fue solos, con ayuda del grupo que no nos cobró. Llegamos un punto en que había 2 caminos y ahí nos perdimos un poco por no saber adónde ir. Por eso hubo gente que se fue más abajo y otros nos quedamos arriba. Mi esposa me comenta que hubo gente que si cruzó en balsa y cobraban entre 400 y 300 pesos por cada niño. Pero eso fue hasta muy abajo donde nosotros cruzamos.

Nos encerraron 2 días en un proceso largo, largo. Nos trataron como animales en la hielera. Eran unos cuartos de 8 metros por 8 metros, con cristales transparentes. Todo construido en un terreno de unos 4 kilómetros cuadrados con una infraestructura adecuada para este proceso. Ahí separan hombres, mujeres y adolescentes, solo los niños pequeños se quedan con sus madres. ¡Será para evitar más traumas! Quién sabe, pero me recordé de la película 'Resident Evil'. Sin duda, como si fuéramos leprosos o con sida.

Venimos de un lugar muy humilde en mi país y nunca pesamos pasar por todo esto, y menos que mis hijos sufrieran tanto. Me duele mucho y solo quiero que de alguna manera se pueda recompensar esto. Ellos saben que toda esta experiencia que ha durado tanto tiempo y tantas situaciones inesperadas y difíciles, con tantos esfuerzos, les dará una oportunidad en este país, y que hay que aprovechar y cuidar.

Y evitar de cometer errores para no ser deportados nunca. Llegaron con vida sanos y salvos, gracias a Dios Nuestro Señor Jesucristo, todos juntos. Todos los días le pedimos y hasta hoy seguimos pidiendo y gracias a Dios estamos acá. Toda esa gente buena que puso en nuestro camino. Mi familia nunca dejó de rezar por nosotros.

Lloraban al no saber qué pasó y porque no supieron nada de nosotros por 2 días. Cada uno a su manera debe sacar su mejor versión de sí, para siempre ir en busca del éxito y la unión familiar. Gracias a ustedes en Casanicolás por compartir con nosotros su ayuda en la última parte del vía crucis. Primero la familia y, Dios bendito, todo será para bien y seguro sabremos aprovechar la dura batalla que pasamos.

Vamos a Nueva Jersey, ahí nos espera mi familia que nos dijo que acudiéramos primero a una iglesia para dar gracias. Es la mejor ayuda que tuvimos en nuestros corazones. Todos los días, con el favor de Dios, avanzamos seguros de lograr pasar y reunirnos como una sola familia que somos. Vamos a prender una vela en nombre de todos los que ayudan en su albergue y en nombre de los que están por llegar”.

## Conclusión

Marlen Piñeiro, agregada de Seguridad estadounidense para Centroamérica, agradeció al gobierno de Panamá en los primeros días de septiembre de 2024 el haber deportado a 130 migrantes de la India que habían cruzado de manera irregular por el Tapón del Darién, la inhóspita selva fronteriza con Colombia, en el marco de la cooperación bilateral.

Una vez más, se refuerzan las certezas: la errancia forzada hacia Estados Unidos no tiene fin, es más, su procedencia se extiende a todos los países del Sur; la contención como estrategia de seguridad nacional no toca las causas estructurales que originan el fenómeno, a la vez que denota la ineficiencia de las políticas migratorias de carácter multilateral; por último, las condiciones de riesgo para quienes no tienen otra opción más que dejar su hogar para buscar otra vida posible siguen agravándose.

Ojalá que las historias emanadas de nuestro albergue y contadas en este artículo sensibilicen, reduzcan la xenofobia y erradiquen la criminalización del fenómeno de la migración forzada y de los sujetos víctimas que la protagonizan.

